

RESEÑAS

Ackland Len, y Mc Guire, Steven (Coords.), **La Edad Nuclear**, México, UNAM-FCE, 1987, 404 pp.

En estos idílicos, sorprendentes y aún memorables tiempos de la relación Este-Oeste, cuando los jefes de las dos superpotencias planetarias se entrevistan, firman acuerdos de desarme, e incursionan con éxito por el mundo del elogio mutuo y el *Star System* colocado al servicio de la diplomacia, no resulta ocioso recordar cómo germinaron y crecieron la carrera armamentista de la segunda posguerra, la bipolaridad político estratégica entre Estados Unidos y la URSS, y las armas nucleares que hoy colocan a la humanidad frente a su eventual e irreversible destrucción.

Para tal efecto se juzga útil la lectura de *La Edad Nuclear*, compilación de L. Ackland y S. Mc Guire, quienes respectivamente fungen como editor administrativo y editor del *Bulletin of the Atomic Scientists*. Esta publicación, por cierto, comenzó a ver la luz unas semanas después de las explosiones de Hiroshima y Nagasaki, de 1945, y desde entonces ha difundido, de manera constante y seria, estudios sobre la espiral armamentista nuclear, el control de armas, las zonas desnuclearizadas, los movimientos pacifistas y el uso de la ciencia y la tecnología en asuntos conexos con la guerra, entre otros temas.

Con motivo del XL aniversario del *Bulletin*, celebrado en 1985, la directiva de la publicación decidió integrar un número especial al que después se añadió una docena de artículos tomados de ediciones más recientes para, en palabras de los compiladores, "elucidar temas actuales de importancia como 'La Guerra de las Galaxias', la verificación y el cumplimiento de los tratados y la proliferación de armas".

El producto de ese esfuerzo es *La Edad Nuclear*, suma de ensayos breves agrupados en cinco secciones y tres anexos. La primera parte, de carácter retrospectivo, nos recuerda los entretelones del Proyecto Manhattan, con base en el cual Estados Unidos se avocó a la tarea de desarrollar antes que la Alemania nazi —primer lustro de la década de los cuarenta— el arma nuclear. Participante directo de las labores de investigación efectuadas en los laboratorios de Los Álamos, Nuevo México, M. Sherwin, al igual que R. Nilson, recuerda que, contra la advertencia del científico danés Niels Bohr en el sentido de que habría que llegar a un acuerdo EU-URSS para controlar la energía atómica en el futuro, los diseñadores de la política exterior nortea-

mericana tomaron la existencia de la bomba no tanto como el último acto militar de la Segunda Guerra Mundial, sino como la primera operación de una Guerra Fría que, con diversas etapas y ocasionales treguas, se prolonga hasta nuestros días.

No menos lúcidos resultan ser los ensayos de J. Rothblat, V. Weiskopf y R. Peierls quienes, por separado, relatan sus desacuerdos con los dirigentes del Proyecto Manhattan cuando éste transformó sus objetivos primigenios. "Yo había pensado (apunta Rothblat) que nuestra labor era impedir una victoria nazi, y ahora se me decía que la intención era usar el arma que estábamos preparando contra el pueblo que se hallaba haciendo extremos sacrificios con el mismo fin que el nuestro (la URSS)". Semejantes desacuerdos básicos expresa Peierls para quien, ya que se pretendía lograr un "efecto demostración" con la bomba, hubiera bastado con dejar caer ésta sobre un lugar escasamente habitado, junto con la amenaza de lanzarla efectivamente sobre el Japón si no se rendía. Difícilmente el orgullo oriental habría llegado tan lejos como para facilitar su propio genocidio.

Por su parte, R.L. Messer recuerda las justificaciones que, después de haber ordenado el bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, exponía Harry Truman; una de ellas era que se le había informado que ambas ciudades tenían una población cercana a las 60 mil personas, cuando en realidad la primera tenía 350 mil y la segunda 280 mil. No conforme con esa endeble excusa, el ex-presidente estadounidense insistió, hasta su fallecimiento, en llamar a los japoneses "salvajes, crueles, implacables y fanáticos". Paradojas de la vida.

Precisamente en el siguiente escrito, T. Toyoda se ocupa de explicar la política internacional de su país desde 1945, concluyendo que esa nación se ha ido apartando gradualmente del pacifismo consagrado en su constitución, sustituyéndolo por una creciente lealtad a los requerimientos militares de sus aliados occidentales. También a partir de 1945, dice B.T. Feld en su ensayo "Cuarenta años de errores", el arma nuclear ha estado a punto de usarse numerosas ocasiones (Corea, Berlín, Cuba, Vietnam), al tiempo que considera que el primer paso para eliminar la amenaza atómica sería la aceptación de un compromiso de *no primer uso* por quienes poseen artefactos bélicos nucleares.

Finaliza esta abigarrada sección el célebre físico H. Bethe quien, luego de desglosar un pormenorizado relato de las innovaciones y principales fases de la carrera armamentista entre EU y la URSS, refuta con firmeza la viabilidad de desplegar un "paraguas" que pueda proteger por completo al territorio norteamericano de presuntas agresiones soviéticas, según pretende Ronald Reagan con su Iniciativa de Defensa Estratégica (SDI), más comúnmente conocida con el espectacular nombre de "Guerra de las Galaxias".

La segunda parte del libro, intitulada "La cultura atómica", se ocupa un poco de todo: aborda desde la visión psicológica de la carrera armamentista (A. Lightman) hasta su devenir en mitologías y comics (S. Weart), pasando por el papel de los laboratorios en la producción de instrumentos de fisión y fusión (M. May), la posibilidad real de verificación de pruebas nucleares por ondas sismográficas de continente a continente (H. De Witt) y el empleo de la energía nuclear con fines pacíficos (D.J. Rose). El carácter misceláneo de esta parte no se riñe con su solidez. Esta resalta en trabajos como el de P. Leventhal, en donde se realiza un excelente ejercicio analítico de los logros y frustraciones del Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), firmado por la mayoría de las naciones del orbe en los sesenta, y en la colaboración de J.P. Holdren, quien recuerda —trascendiendo la visión clásica de la guerra asociada con la bipolaridad— que la mayoría de los conflictos armados desde el fin de la Segunda Guerra Mundial ha ocurrido en las naciones del Sur, y es por ello que esta región presenta una configuración explosiva para posibles conflagraciones mundiales; mientras tanto, Europa, en donde se acantonan una gran cantidad de fuerzas nucleares y convencionales de la OTAN y el Pacto de Varsovia, ya es dueña de un *status-quo*, entendido éste como la existencia de zonas de influencia bien delimitadas entre las dos potencias.

De la Edad de Oro al Armagedón

Menos *dilettante* que la anterior, la tercera sección se ocupa de la descripción y estudio de la carrera armamentista y sus posibles consecuencias. Por separado, D. Holloway y J. Hough explican las respuestas soviéticas ante cada iniciativa estadounidense en materia de armamentos, así como el proceso de toma de decisiones que antecede a cada contestación del Kremlin. En tanto, J. Steinbruner considera que la invocación del *establishment* norteamericano a la "amenaza soviética" es excesiva; de ahí que la "Guerra de las Galaxias" constituya, más que un proyecto defensivo, un intento de asegurar a Estados Unidos la capacidad de dar a su contraparte un primer golpe al que le sea muy difícil responder. En igual sentido se pronuncian más adelante F. von Hippel y C. Glaser.

A su vez, J. Evernden retoma el tema de la verificación; a su juicio es técnicamente posible la iden-

tificación sismológica de pruebas, siempre y cuando, como dice M. Krepon en el siguiente artículo, haya "una modesta cantidad de imaginación y sentido común", en cuyo caso se podría avanzar en la verificación *in situ*.

En otra vertiente no menos atractiva, W. Arkin y R. Fieldhouse vertebran un análisis eminentemente político de los movimientos pacifistas y las zonas libres de armas nucleares (América Latina y el Pacífico Sur), mientras D. Hamburg y A. George proponen instrumentos para el manejo de la crisis nuclear, en una especie de cooperación mutua al filo de la navaja con objeto de evitar los intercambios misilares. Si éstos llegaran a acontecer sobrevendría, aparte de una destrucción masiva de bienes y vidas, un invierno nuclear, es decir, el enfriamiento de la superficie terrestre generado por los polvos, cenizas y humo que impedirían la llegada de los rayos solares a nuestra devastada Tierra. En sendos escritos, T. Postol y el Consejo de Investigación Nacional relatan con detalle las formas concretas que asumiría ese invierno nuclear.

Una sociedad militarizada

El penúltimo bloque de ensayos trata sobre Estados Unidos y su creciente involucramiento en cuestiones militares, lo que no sólo se refleja en sus relaciones exteriores, sino también en su estructura económica. J.B. Wiesner, exasesor del presidente Eisenhower, dice al respecto que todo intento de mitigar las erogaciones bélicas en su país ha chocado con la resistencia del llamado "complejo militar-industrial". O mejor dicho, *había* hecho colisión, porque con la llegada de Reagan a la Casa Blanca, dicho complejo ya no tiene que preocuparse demasiado, en la medida que el mandatario es más papista que el Papa. Que esto es así lo demuestran R. Norris, T. Cochran y W. Arkin cuando señalan, en una pasmosa danza de cifras, que la actual administración es ya la poseedora del récord absoluto de gastos militares en toda la historia de la nación.

Páginas adelante, el ex secretario de Estado, George W. Ball, aunque inicia su artículo con argumentos históricos falaces, endereza una severa crítica a la conducción neoconservadora en particular y a la diplomacia norteamericana en general, sobre todo en conflictos regionales como los de Vietnam, Medio Oriente y Centroamérica y en los organismos internacionales.

Desde la perspectiva de la información y el periodismo, M. Halperin y W. Dorman se ocupan de deslindar hasta dónde llega el secreto y hasta dónde la labor de quienes deben enterar a la opinión pública de los asuntos nucleares, concluyendo que cualquier restricción informativa al respecto, incluso si se invoca la seguridad nacional, termina por violentar letra y espíritu de la Constitución norteamericana. La cuarta parte de *La Edad Nuclear* finaliza con el texto del C.E. Paine, quien brinda al lector un panorama del cabildeo por el control de armas en el Congreso.

Y si la guerra continúa...

Acaso la más interesante y emotiva sección de la obra —si de jerarquizar se trata— sea la quinta. Allí se encuentran las reflexiones de M. Mandelbaum sobre los principios que orientan la actual situación nuclear; una valiosa crítica humanista al Estado moderno explicitada por R. Falk; una propuesta de "desalineación" de coaliciones militares en Europa, por M. Kaldor; las proyecciones de J. Barton sobre el control de armas hasta el año 2000, y la candidez de R. Forberg quien sugiere, ignorando que la fuerza es un elemento consustancial a la política de las potencias, que éstas pongan fin a su intervención en el Tercer Mundo.

También en esta última parte, intitulada "El futuro", destacan las propuestas de J. Mearsheimer sobre reducción de arsenales en Europa Occidental y de Feiveson, Ullman y Von Hippel en favor de la "disuasión finita" —una especie de equilibrio del terror, pero con menos armas y, por tanto, menos destrucción potencial que la actualmente acumulada.

Pero las palmas se las lleva sin duda R.J. Lifton en el último escrito, un hermoso decálogo que define el *ethos* de la era atómica e incita a la reflexión axiológica y filosófica. Para Lifton, la lucha contra la amenaza nuclear conlleva el reto de vivir una existencia más plena, pues al enfrentarnos a la destrucción "sentiremos más poderosos nexos humanos. Nos volveremos hacia la belleza, el amor, la espiritualidad y la sensualidad". De esta postura al inmovilismo, sin embargo, hay una gran distancia.

El libro finaliza con tres apéndices y su conjunto, aunque es sólido, rico en datos y bien estructurado, muestra ciertas limitaciones que hay que mencionar. En cuanto al contenido, es visible la omisión de escritos referentes a problemas tan importantes como las armas nucleares —que pueden propiciar una catástrofe sin mediar la voluntad humana—, la íntima relación entre desarme y desarrollo y la asociación negativa entre gastos bélicos y crecimiento económico. En la forma de la edición en español se observan ciertos vicios en la traducción y numerosas travesuras de los infaltables duendes de la tipografía. Queremos atribuir estas fallas a la premura con que seguramente se trabajó para publicar pronto esta obra que, junto con otras siete, conforma la serie "Entre la Guerra y la Paz", dirigida por Miguel Wionczek.

Con todo, el libro que se comenta merece una atenta lectura. A fin de cuentas, antes que la ideología, la política y la economía, y por encima de cualquier otra cosa que se nos pueda ocurrir, está la vida. Primero se es y luego se es *lo uno o lo otro*, como decían con estimable pragmatismo algunos integrantes de la escuela existencialista.

José Luis León M.